



Pixabay free

*«Todavía estaban hablando de esto,
cuando Jesús se apareció en medio de ellos
y les dijo: «La paz esté con ustedes!».*

Lc 24,36

Pascua 2026

Queridas compañeras en el Señor:

Pongámonos en la situación de los discípulos justo antes de encontrarse con el Resucitado: están profundamente desconcertados, hablan entre ellos sobre lo que han vivido o escuchado, pero tal vez no pueden creer lo que está más allá de su comprensión. Donde debería haber una alegría desbordante, se extiende la confusión y la perplejidad. Y entonces, de repente, el Resucitado aparece en medio de ellos, aquel de quien han estado hablando todo el tiempo, pero no lo reconocen.

Cuando el Señor resucitado se aparece a los discípulos, su aparición provoca inicialmente estupefacción y miedo, a pesar del mensaje de la resurrección que habían escuchado anteriormente, del testimonio de los discípulos que se habían encontrado con Jesús. Es simplemente demasiado maravilloso, más allá de cada capacidad de comprensión. No estaban preparados para este encuentro, y se necesita la paciente pedagogía de Jesús para convencerlos de que realmente es Él, que está vivo, que se dirige a ellos. El alma tarda en llegar.

Si trasladamos el encuentro de los discípulos con el Resucitado a nuestra vida cotidiana, ¿no son a menudo situaciones en las que se extiende la perplejidad, situaciones de preguntas insistentes o dudas persistentes? Son situaciones en las que nos encontramos con límites en nuestra vida personal, son situaciones en las que, como comunidad, como parte de nuestro mundo tan complejo, hacemos preguntas, buscamos respuestas, tanteamos los próximos pasos, reflexionamos sobre nuestro futuro, intentamos desarrollar perspectivas. Y todo ello en una mezcla de confianza, fe, esperanza, pero también de temor silencioso, incertidumbre, quizás a veces con atisbos de dudas, frustración y pesimismo. Cuántas veces estamos sumergidas hasta las orejas en nuestros pensamientos y conversaciones y no vemos más allá de lo que nos preocupa en ese momento.

Y es precisamente ahí donde aparece el Resucitado y da testimonio de la victoria sobre la muerte y promete la paz. ¿Somos capaces de reconocerlo? ¿O lo pasamos por alto nosotras también, lo malinterpretamos? ¿Podemos abrirnos a sus amorosos y pacientes intentos de darse a conocer, de hacernos receptivas a su paz y a la vida que ha vencido a la muerte de una vez por todas? ¿Podemos abrirnos a la inmensa alegría ante la nueva vida, la vida eterna?

Podemos y debemos pedirlo y ayudarnos mutuamente a ser sensibles a la presencia real del Resucitado en nuestra vida, en medio de nosotras. Entonces experimentaremos que la oscuridad se transforma en la delicada y prometedora luz de la mañana de Pascua, que nos llena de alegría, esperanza y confianza. Sentiremos con cada fibra de nuestro ser que nuestra fe en la victoria sobre la muerte mediante la resurrección y la paz del Resucitado no es un consuelo barato para el más allá, sino que interviene en nuestra vida real y determina de manera decisiva cómo abordamos nuestro presente y nuestro futuro. Trae consigo una transformación y nos impulsa a compartir nuestra experiencia pascual con los demás.

El Señor resucitado nos promete su paz, a cada una de nosotras personalmente y a nosotras como comunidad, como parte de la creación. El Señor resucitado está y permanece con nosotras, nunca estamos solas, nunca abandonadas ni perdidas. Somos capaces de aceptar la vida con todas sus alegrías y promesas, pero también con todas sus incertidumbres y preguntas con energía positiva porque Él vive y nos da la paz.

Aclamemos con el salmista: “Te doy gracias, Señor, de todo corazón y proclamaré todas tus maravillas. Quiero alegrarme y regocijarme en ti, y cantar himnos a tu Nombre, Altísimo” (Sal 9,2-3)

¡Les deseo de todo corazón una bendita y feliz Pascua!

Veronica Fulmann CJ